

Vivir es una pesadilla de la cual no despertarás

kevin lezmes



Image not found.

Capítulo 1

“vivir es una pesadilla de la cual no despertarás” decía mi abuelo cruzando el umbral de los 98 años en una cama en la cual había estado los últimos dos. Había sido bastante sano hasta que un accidente vascular lo condeno a subsistir en un espacio de 2x2. Para aquel entonces yo tenía un poco más de 10 años y comprendía muy poco la vejez, al tiempo que mi abuelo comprendía cada vez menos las cosas en general.

En una tarde de lluvia en el campo (con rayos y tempestades terroríficas) mi padre quien siempre ha sido de mente abierta, bromeo y sugirió a mi abuelo que acabara con su vida. “para que vivir así” decía mi papá, después de escuchar al abuelo en su letanía de la pesadilla. Para mi abuelo la vida era un regalo, pero la vejez era la paga de ese regalo. Aunque su paga había salido bastante cara. Casi 100 años de vida es una antología completa, y como todo buen libro necesitaba un buen final. Sin embargo, mi abuelo se aferraba con fuerza a su existencia. Más que por sus creencias religiosas o existenciales, pensaba que nadie, ni siquiera el mismo, tenía el derecho a decidir quien vive y quien muere. Es una idea que hoy en día aún admiro con solemnidad; sin embargo, revierto esa idea un poco en este escrito porque pienso que es fundamental tener una fecha programada para suicidarse, y, además, cumplirla.

Y no solo tener una fecha para admirarla en la distancia y pensar que es un ejercicio intelectual. En realidad, la fecha es determinante, pues nada da más sentido a la vida y a las acciones de la cotidianidad que la conciencia del fin. Me explico, cuando iniciamos una tarea o actividad cualquiera no pensamos que la vamos a realizar por siempre, sino que tiene un tiempo determinado. Si la clase empieza a las 2 y termina a las 4 sé que debo invertir mi energía en esa clase durante ese tiempo. Sabemos que un partido de fútbol dura 45 minutos un tiempo, 15 minutos el descanso y otros 45 minutos el tiempo final. Nadie, absolutamente nadie inicia una tarea sin tener conciencia de su culminación, además de que es imposible solo echar un proyecto, una idea o un escrito a andar sin saber cuándo va a terminar.

La conciencia del fin determina cuanta energía invertiremos en una acción. Si son acciones en un corto tiempo entonces invertiremos más fuerza en proporción a acciones con una duración más prolongada. Por ejemplo, salir a trotar en la mañana requiere un gran esfuerzo físico que durara máximo una hora. En cambio, en el iniciar una carrera profesional se invierten otro tipo de fuerzas y otro tipo de esfuerzos, pues su concreción se extiende mucho más en el tiempo.

Pero ambas situaciones, la que dura una hora y la que dura 5 años tienen en sí mismas la motivación intrínseca de que, en algún momento, tendrán que concluir. Quizá el ejercicio dure menos y la carrera profesional un

poco más, pues cumplir los tiempos normalizados y estrictos que tienen las cosas es complejo de cumplir, pero a fin de cuentas ambas cosas terminan y en ello pensamos siempre.

Si nadie se imagina una acción o actividad que dure por siempre ¿por qué vivimos como si la vida no tuviera la misma regla? Es lógico pensar que vivimos así porque ignoramos la muerte, aunque siempre estemos en contacto con ella. Y no solo la muerte física, sino que en general las cosas tienden a decrecer en potencia y en fuerza, hasta que se terminan. Ya sea porque la temporalidad este controlada o por la simple inercia de la vida, la mayoría de las cosas que vemos a diario desaparecen con la suficiente rapidez para que nosotros lo percibamos. Vemos fines y cambios todo el tiempo, incluso en nosotros mismos. Un día estamos amando y al otro no; en esa acción una parte de nosotros mismos que solo se manifiesta con otro, ha muerto. Y debemos digerir esa muerte, que, aunque sabemos que eventualmente llegaría, no sabíamos que llegaría tan rápido.

Vivimos casi al aire, con el juicio suspendido. Vemos muertes repetidas veces, pero nunca imaginamos que nos tocará a nosotros. No es nada fatalista lo que digo, pues es la realidad más simple que tenemos a la vista: naces y mueres. Sencillo, pasa siempre, les pasará a todos (incluso al universo). Sin embargo, la cuestión se trastoca cuando pensamos en que, aunque tenemos un fin, no sabemos cuando llegará. Ahí surge el verdadero problema, y es allí donde incluso invito a la gente a pensar, por un momento, si queremos vivir de una forma tan entregada al azar o, por el contrario, tomar un poco el control (aunque sea casi de forma imaginaria).

Y tomar el control no va más allá del simple acto de buscar un calendario (que tenga años hacia el futuro) y poner el dedo en una fecha, sea en 15, 50 o 100 años. No importa la distancia; lo que importa es seleccionar un día, un mes y un año. Aunque hay que pensar cuestiones que mencionaré en breve, lo vital en primera instancia es saber cuánto tiempo nos vamos a dar. Cuanto tiempo realmente queremos existir. Y tanto tiempo ¿para qué? ¿qué queremos hacer en ese tiempo?

Para darle un contenido a esas preguntas, me he tomado un tiempo para pensarlas. Primero me preguntaba a mi mismo si lo que hago ahora mismo tiene algún sentido, pues la mayoría de las cosas que hago me dan un sentido prestado. Me explico, si uno solo se ajusta a los horarios de lugares preestablecidos, las cosas están resueltas. Si debo ir a la escuela, simplemente me ajusto a su horario, pues de no hacerlo no concluiría nunca la escuela (y sabemos que hay un fin, graduarse). Así que, si quiero concluir exitosamente el proceso, debo ir, sea a las 6am o a las 10am. Igual con el trabajo, entrenamientos, hábitos, disciplinas. En general todas las cosas tienen una proyección temporal muy definida que puede funcionar para crear un sentido de la vida, crear unos objetivos y cumplirlos. Además, si pensamos de modo muy capitalista, notaremos que

ciertos hábitos son más necesarios que otros, como levantarse temprano, cumplir tareas altamente productivas o sujetas de ser productivas, etc. Así que de algún modo el capitalismo nos crea un sentido de la vida tendido hacia el dinero y la productividad.

Aunque realmente solo señalo eso último para hacer notar que la temporalidad ajustada resulta ser de utilidad a los fines tanto económicos como vitales. Hay un sentido de la vida que creamos digamos, en el trabajo. Levantarme tiene un sentido; trabajar tiene un sentido, ganar dinero tiene un sentido. Lo mismo en la escuela, pues podría decirse que lograr títulos universitarios tiene un sentido, ya sea económico como de reconocimiento o simplemente para ganarse mejor la vida. Las instituciones sociales nos otorgan un sentido que ellas consideran correcto, nosotros nos ajustamos y todos ganamos.

El problema como ese modelo de los sentidos prestados de lo social y lo económico, es que se piensa en una escala que tiende hacia el infinito. El capitalismo considera que la tierra como los humanos o el mismo tiempo son infinitos, y que puede extraer de él por siempre capital. El problema es que, como hemos señalado, las cosas son finitas, pues, así como la temporalidad de las tareas es finita, la naturaleza y los humanos también son finitos. Tienen una masa, una densidad que puede ser extraída y eliminada. La fuerza se agota, el oro se agota, el agua se agota. Todo tiene un límite muy bien definido.

En cuanto nos damos cuenta de la dicotomía existente entre la concepción de los sentidos prestados (todo es potencialmente infinito para explotarse) y la realidad misma, tendríamos que saltar un paso fuera de esa lógica. Los sentidos prestados tampoco tienen sentido. Si nos basamos solo en ellos, lo más lógico sería morir ahora mismo. Nadie podría soportar saber que lo que hace no tiene sentido. Pero todos tenemos una mentalidad que, precisamente por no saber distinguir la existencia de la dicotomía, vive de manera infinita en una vida finita. A veces pensaba que cuando el trabajo ya no me diera un sentido, lo buscaría en otro lado, de todas maneras, me están prestando el sentido, yo no tengo que construir nada. Por esa razón es tan sencillo ser hinchado ferviente de un equipo de fútbol, o adorar a la patria con hostil pasión racista y xenofóbica, o cualquier otra cosa; incluso Dios o el diablo. El punto es que el sentido prestado es sencillo encontrarlo en muchos lugares cuando ignoramos la dicotomía. No es fácil tampoco saltar de uno a otro cuando sabemos, entonces, que de hecho somos finitos y que cualquier cosa que nos manden a hacer no tenemos por qué hacerlas.

Es allí donde vuelvo a preguntarme ¿por qué no crear una finalidad propia? De todas maneras, no hay mucho que perder y sí bastante por aprender. Sin embargo, para darle un sentido a buscar un sentido debo preguntarme cuánto tiempo me voy a tardar. Al menos eso hago: me pregunto a mí mismo, más que a la gente, y yo que carajo pienso hacer el

resto de mi vida si no empiezo a buscar un sentido. Entonces me despierto una mañana y noto que no hay que buscar sino construir.

Las reglas del juego cambian en ese punto, en el momento en que el sentido es una construcción personal y social. Debo buscar los elementos que le den contenido al sentido que me de la gana crear. Y al tiempo noto que a esa construcción hay que darle una fecha final, una fecha de entrega. Y es aquí y solo aquí cuando me doy cuenta de que la fecha de finalización de la construcción del sentido es la fecha de mi muerte.

Por eso es tan importante señalar una fecha concreta en el calendario, estamos programando el día de nuestra propia muerte. El día en que finalmente podremos decir adiós con la mayoría de las metas cumplidas, metas que como veremos más adelante, no solo tienen que ser pensadas para darle significado a la vida y sentir que aquello que hacemos vale la pena, sino que este pedazo de vida que nos fue regalado, como decía el abuelo, valga un poco más que nada. Por ello llegué a afirmar que lo que digo no es nada fatalista, me atrevo a afirmar lo contrario: es una apuesta por empezar a preguntarnos diferente, no solo qué hacemos, sino qué queremos hacer para generar un cambio y darnos significado.